

Martín Tanaka

Autoritarismo y transiciones democráticas

por YORELIS J. ACOSTA* pp. 129-138

Martín Tanaka es peruano, Doctor en Ciencia Política por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), sede México. Actualmente es profesor principal de la Pontificia Universidad Católica del Perú e investigador principal en el Instituto de Estudios Peruanos, del que fue su Director General (2005-2007). Ha sido Visiting Fellow postdoctoral en el Helen Kellogg Institute for International Studies de la Universidad de Notre Dame, Indiana (2003 y 2009). Tiene libros y capítulos de libros publicados por el Instituto de Estudios Peruanos, Cambridge University Press, Stanford University Press, Lynne Rienner Publishers, Routledge, Fundación Pablo Iglesias, Instituto de Estudios Sociales de la Unam, entre otros. Es también columnista semanal del diario La República. El profesor Tanaka cuenta con una extensa y destacada obra publicada y ha liderado proyectos sobre Gobernabilidad, Democracia, Estado y Conflictos Sociales e Historia Política del Perú. La siguiente entrevista fue realizada por la Profa. Acosta el 27 de junio de 2017, en la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Yorelis Acosta: He leído sobre su trayectoria, pero me gustaría que para nuestros lectores nos hiciera un resumen de las áreas que ha desarrollado en la ciencia política.

Martín Tanaka: Uno está obligado a ser un poco versátil en nuestros países. He trabajado principalmente temas vinculados a la democracia y a los partidos políticos en Perú y algo en los países andinos, dentro de una preocupación por América Latina en general; además algunos otros temas referidos a los movimientos sociales, conflictos y protestas sociales en el Perú, sobre lo que tengo varias cosas elaboradas. En los últimos años he escrito sobre temas vinculados a la historia y al pensamiento político, a la historia de la disciplina de la ciencia política en Perú y en América Latina.

YA: ¿Se siente mejor trabajando en un área particular?

MT: No necesariamente. En general uno se deja llevar por los asuntos que le parecen relevantes en un momento dado y que además son factibles de trabajar, según la posibilidad de conseguir financiamiento para ellos y según las capacidades que uno tenga. Las

* Sicológa clínica con Maestría en Psicología social. Profesora-investigadora del Cendes y jefa del Área de Desarrollo Sociopolítico de esta institución.

Correo-e: yorelisaco@gmail.com

condiciones del ejercicio profesional, en países como el Perú y me imagino que también en Venezuela, te obligan a ser versátil y, a la larga, eso es bueno, porque te da una visión más amplia de las cosas, en vez de estar encerrado en una cierta especialización.

YA: ¿Conoce Venezuela, ha podido ir a Caracas recientemente?

MT: He estado en Caracas, afortunadamente, muchas veces; lamentablemente hace algún tiempo que no voy, pero por un tiempo pude ir con cierta frecuencia.

YA: Usted escribe en prensa y el tema Venezuela esta presente en sus escritos,¹ ¿cómo hace para enterarse de lo que esta pasando en el país de forma más o menos objetiva sabiendo que tenemos un país polarizado?

MT: Es complicado. Yo empecé a interesarme en Venezuela a raíz de mi tesis doctoral que trató sobre el colapso del sistema de partidos en el Perú.² Cuando yo empecé ese trabajo, alrededor de 1995, Perú era el único caso donde había ocurrido algo así, pero luego, inesperadamente, resultó que Venezuela podía ser perfectamente incorporada a ese esquema. Naturalmente me interesó mucho la comparación entre Perú y Venezuela, y escribí sobre cómo, a pesar de tener trayectorias muy diferentes, ambos países resultaron teniendo desenlaces similares: la emergencia de *outsiders* antisistema, el colapso de sus sistemas de partidos y la constitución de regimientos autoritarios que mantenían la formalidad democrática a través de presidentes como Fujimori y Chávez, similares a pesar de ser al mismo tiempo tan diferentes. Afortunadamente pude hacer una exploración sistemática sobre Venezuela, pude viajar varias veces, hacer muchas entrevistas, conocer muchos colegas y lograr cierta ubicación de cómo funcionan las cosas allá;³ en ese contexto pude visitar el Cendes. Creo que logré cierta comprensión general de cómo funcionaban las cosas y desde entonces intento mantenerme informado. Ciertamente es complicado, pero, a través del intercambio con colegas, el seguimiento de noticias a través de medios digitales y tratando de recoger información lo más diversa posible, intento mirar por encima de la polarización del país.

YA: Desde hace tiempo estaba diciendo que Chávez podía ser autoritario. En ese momento podía ser temerario, ¿no?

MT: Sí, yo pienso que uno podía caracterizar a Chávez como autoritario desde muy temprano desde 1999, 2000. Tenía el antecedente de Fujimori muy cerca: ganar la elección, pasar por encima de la Constitución vigente, convocar a una Asamblea Constituyente,

¹ Ver, por ejemplo, los artículos de Martín Tanaka: «Autogolpe en Venezuela», «¿Transición en Venezuela?» y «¿Qué hacer en Venezuela?», publicados en *La República*, el 2 de abril, el 7 de mayo y el 29 de octubre de 2017 respectivamente.

² Ver Martín Tanaka: *Los espejismos de la democracia. El colapso del sistema de partidos en el Perú, 1980-1995, en perspectiva comparada*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1998.

³ Ver Martín Tanaka: *La situación de la democracia en Colombia, Perú y Venezuela a inicios de siglo*. Lima, Comisión Andina de Juristas, 2002.

destituir al Congreso anterior, reconfigurar por entero todos los poderes del Estado bajo su hegemonía política. Chávez siguió el mismo libreto. Todo legitimado electoralmente por supuesto, con un importante respaldo popular, pero en una lógica que conducía a una gran concentración de poder y eventualmente a una gran arbitrariedad.⁴ El no percibir esto desde temprano me parece que tiene que ver con los sesgos políticos de muchos colegas: el autoritarismo, que era evidente en el neoliberal Fujimori, era invisible en el revolucionario Chávez, a pesar de que actuaban de maneras similares en el fondo, en términos de la construcción de sus regímenes políticos. Creo que muchos colegas veían a Chávez con mucha expectativa; su popularidad, su legitimidad electoral, su retórica populista y revolucionaria, hacía que se subestimara la pérdida del equilibrio en el poder y la extrema concentración del mismo. Recuerdo que hasta no hace mucho uno leía cosas de colegas muy respetables que hablaban de la calidad de la democracia en Venezuela y rehusaban hablar de autoritarismo, y ahora sí lo reconocen, cuando en realidad todo lo que vemos hoy se incubó en los años previos. Conforme ha ido pasando el tiempo, es cada vez mayor la conciencia de que ya no cabe hablar de un régimen democrático, los aspectos autoritarios son más evidentes, pero creo que eso estaba claramente en germen desde hacia mucho tiempo atrás.

YA: Pero no fue visto por parte de las élites e incluso parte de la academia venezolana no lo vio claramente.

MT: Así es, me parece que tienes razón y colegas que estudiaban Venezuela tampoco lo vieron; recién hacia el final de Chávez, ya claramente con Maduro, es que se acepta este diagnóstico.

YA: Se dio una discusión muy larga en la ciencia política para ponerle una etiqueta al caso venezolano. ¿Qué opina ud?

MT: Sí, ¿dónde trazar la línea que distingue la democracia del autoritarismo?, ¿con qué criterios caracterizar la diferencia de una forma de régimen y otra? Es importante reconocer que el caso venezolano presentaba evidencias ambiguas.

YA: Ha pasado mucho tiempo desde esa primera evaluación que hace de Venezuela. Ahora ¿cuál etiqueta de autoritarismo le pondría a esa primera etapa de Chávez?

⁴ Ver Martín Tanaka: «From Crisis to Collapse of the Party Systems and Dilemmas of Democratic Representation: Peru and Venezuela», en Scott Mainwaring, Ana María Bejarano y Eduardo Pizarro, eds.: *The Crisis of Democratic Representation in the Andes*. Stanford, Stanford University Press, 2006 (pp. 47-77). Editado en español bajo el título «De la crisis al derrumbe de los sistemas de partidos, y los dilemas de la representación democrática: Perú y Venezuela». El libro lleva por título *La crisis de representación democrática en los países andinos*. Bogotá, Norma, 2008 (pp. 89-131). Ver también «El colapso de los sistemas de partidos, autoritarismo plebiscitario y los problemas de representación democrática» en Clara Rocío Rodríguez y Eduardo Pizarro eds., *Los retos de la democracia. Viejas y nuevas formas de la política en Colombia y América Latina*. Bogotá, Fundación Foro Nacional por Colombia – Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, 2005 (pp. 55-86).

MT: Sí, varios colegas, entre ellos Steve Levitsky, Andreas Schedler y otros trabajamos en esta línea, la del autoritarismo competitivo, electoral o del autoritarismo plebiscitario; es decir, un tipo de régimen con gran legitimidad política, social y electoral, pero que no deja de tener una naturaleza autoritaria en lo político, en el sentido de que no se respetan los derechos de las minorías, de la oposición, que no hay equilibrio de poderes, donde las decisiones terminan siendo bastantes arbitrarias. La experiencia peruana con Fujimori fue muy elocuente y mostró de manera inicial cosas que vimos después en Venezuela y en otros países.⁵ Fujimori fue un presidente muy popular, que sacaba mayorías muy impresionantes en las elecciones, pero los equilibrios constitucionales mínimos no se respetaban y lo mismo se podía ver desde temprano en Venezuela. Como decía, tachar de autoritario a Fujimori era más fácil, porque Fujimori era neoliberal, era de derecha y por lo tanto más vulnerable a las críticas; sin embargo, con Chávez había intentos de redistribución de la riqueza, una retórica de empoderamiento de sectores excluidos, un discurso antiimperialista, entonces la «corrección política» hacía que las críticas a Chávez quedaran en segundo plano. El tiempo ha mostrado que las bases de las formas actuales de gobernar con Maduro se originaron mucho tiempo atrás.

YA: Usted también ha escrito sobre el discurso de la democracia participativa y cómo coexisten esos populismos con las debilidades institucionales de dicho discurso.

MT: Sí, muchas veces la apelación a la participación termina siendo, desgraciadamente, una coartada para justificar liderazgos personalistas, antipolíticos y muy autoritarios. Esto ocurre porque sin instituciones políticas sólidas y una sociedad civil fuerte, la ampliación de espacios participativos no fortalece y amplía, sino que puede debilitar y desnaturalizar el funcionamiento de la democracia representativa.⁶ La apelación a la participación, en ocasiones, se usa para enfrentar a las instituciones representativas y a sus actores, los partidos políticos; es decir, para desde el poder avasallar a los opositores, pero no necesariamente se empodera y fomenta la autonomía de la sociedad civil, de las organizaciones populares de base. Por esta razón se habla mucho de la democracia participativa como ideal, pero hay muy pocas experiencias concretas exitosas.

YA: Esos cambios se dieron en Venezuela y se puede decir que fue una franquicia que avanzó por América Latina.

MT: Claro, Chávez es como una manifestación temprana de cosas que se verían también después en difentes grados, en Bolivia con Morales, en Ecuador con Correa, en

⁵ Ver Steven Levitsky y Lucan Way: «The Rise of Competitive Authoritarianism»; y Andreas Schedler: «The Menu of Manipulation», ambos en *Journal of Democracy*, vol. 13, n° 2, abril 2002.

⁶ Ver Martín Tanaka, «Representación, descentralización y participación ciudadana en el Perú: ¿la mejor combinación?» en Carlos Mascareño y Egon Montecinos, coords., *Democracia participativa vs. representación. Tensiones en América Latina*. Caracas, Universidad de los Lagos / Cendes, 2011, pp. 149-182.

Nicaragua con Ortega. Creo que la crisis que vivió toda la región, en el contexto del cambio de siglo, hizo que la ilusión neoliberal de la década de los años noventa perdiera la capacidad de seducción y legitimidad que tuvo antes, y en algunos casos se le vió como la directa responsable de gravísimas crisis económicas, como en Argentina durante De la Rúa, Bolivia con Sánchez de Lozada o Ecuador con Mahuad. Esto ocurrió un poco antes en Venezuela y el fracaso de los programas de estabilización y ajuste de los gobiernos de Carlos Andrés Pérez y de Caldera legitimaron una opción como la de Chávez. Emergen, entonces, líderes fuertes con discursos alternativos, antisistema, en los que el neoliberalismo, las instituciones representativas, los partidos tradicionales, son los culpables y la alternativa estaría en un régimen participativo, popular, que nunca se llegó a concretar. El tema es que toda la región se benefició inesperadamente del boom de crecimiento que se inició alrededor de 2003 y ello permitió legitimar los discursos alternativos de los nuevos gobiernos.

YA: Tal vez es una pregunta complicada, pero ¿podría hacer un balance de este siglo en América Latina en relación con la democracia participativa?

MT: A ver, yo creo que la promesa de la democracia participativa es ciertamente seductora. El problema es que, como decía, se desvirtúa, porque no siempre logra abrir la puerta a la sociedad para que interactúe con y airee el mundo elitista de la política y de las decisiones de política pública, sino que termina siendo una herramienta y un instrumento para dirimir disputas políticas, entre actores que están en las alturas; un medio que usa el poder para avasallar a los opositores en nombre del protagonismo popular. Las bases se movilizan en función de los intereses de algunos de los actores constituidos y entonces aparecen los problemas de clientelismo, los riesgos de manipulación. Si uno tuviese que hacer un balance de las experiencias políticas recientes que reivindicaron la dimensión participativa y buscaron legitimar una forma alternativa de régimen, encontraría un resultado relativamente desalentador. La «democracia participativa y protagónica» de Chávez, la «revolución ciudadana», el «buen vivir» o el *Sumak Kawsay* de Correa, el «socialismo comunitario» de Evo Morales, por ejemplo, no parecen haberse acercado a cumplir sus propósitos declarados, claro que con matices, porque puede verse mucha más autonomía en lo social en Bolivia o Ecuador que en Venezuela. De allí que solo en este último se viva la situación de extremo desarreglo que ahora padece, en una magnitud que no se registra en otros casos. Pareciera que el único lugar en el que se podría decir, nuevamente con matices, que mecanismos de democracia participativa funcionaron o cumplieron un papel interesante como mecanismo de control social frente al poder político, es Uruguay. Tal vez la explicación de por qué funciona allí es porque hay instituciones estatales y políticas más fuertes, pero sin ese marco institucional y una autonomía de la sociedad civil más poderosa, la apelación a la participación termina desvirtuándose.

YA: Y, ¿cómo quedan en estos momentos los partidos herederos del autoritarismo? porque en estos quince años han habido retrocesos, pero todavía tenemos el germen de los partidos autoritarios.

MT: Ese es el gran tema del futuro. Fíjate que Perú, en el contexto reciente, salió más tempranamente de un régimen autoritario como el de Fujimori, en 2000, y durante unos años, inmediatamente después, parecía que el fujimorismo se iba a ir extinguiendo, pero ahora es la principal fuerza política: estuvo a punto de ganar las elecciones en dos ocasiones y tiene la mayoría absoluta en el Congreso peruano. Estos partidos son muy fuertes, su caída puede ser estrepitosa, lo que hace pensar en su desaparición, pero el arraigo que lograron es real; no se desvanecen. Piensa en México: cuando el PRI perdió el gobierno federal, algunos pensaban que iba a implosionar, fragmentarse, a dividirse, pero resistió, se recompuso y volvió al poder en el gobierno federal. Me parece que esto sugiere que los partidos herederos del autoritarismo seguirán siendo actores muy relevantes en el periodo posterior a su salida del poder, por lo que se debe encontrar la manera de convivir democráticamente con ellos. Es una lección muy importante para las fuerzas de oposición democráticas. Recientemente hemos visto en Ecuador que Rafael Correa dejó el poder, pero su figura sigue siendo muy importante, a pesar de haber perdido incluso el control de su movimiento político.

YA: Correa amenazó con volver cuando vio que la diferencia entre su fuerza política y la siguiente podía ser poca, aunque ya había anunciado que se retiraba.

MT: Así es y uno no sabe que es lo que va a pasar en los próximos años en Venezuela con Maduro y en Bolivia con Morales, pero me parece que uno podría estar relativamente seguro de que tanto el «chavismo» como el MAS y Evo Morales van a seguir siendo actores muy relevantes, van a marcar mucho la agenda política aún fuera del poder. Entonces, ¿cómo se logra la convivencia entre las fuerzas que hoy son la oposición con los herederos de los regímenes autoritarios en escenarios tan polarizados?, ¿cómo pensar en el futuro los procesos de transición actuales? Va a ser algo ciertamente muy complicado. Argentina, que no llegó a los extremos de Venezuela, muestra también una convivencia difícil entre el peronismo y la nueva alianza en el gobierno con Macri. Entonces la pregunta es: ¿va a continuar una lógica de pura confrontación y antagonismo, o alguna forma de convivencia más civilizada se va a poder alcanzar? Uno recuerda acá el dilema planteado por Weber entre la fuerza de las convicciones y la responsabilidad de evaluar las consecuencias globales de los actos políticos.

YA: Apostamos por la convivencia, pero ¿qué le dice su práctica teórica?, ¿hay aprendizaje de estos partidos políticos?

MT: Sospecho que tendrá mucho que ver con la manera en que se dé la transición. Yo me imagino que allí se van a encontrar las claves de lo que podría venir después; si ella se

da sin un mínimo de negociación, si se da una transición como resultado de una lógica de pura confrontación en la que uno de los lados termina ganando, seguramente la confrontación va a seguir después y el espíritu de revancha va a estar muy marcado; mientras que si la transición es resultado de una negociación, de acuerdos mínimos, será más factible pensar en una convivencia más civilizada posteriormente. Ecuador en este sentido muestra una experiencia no tan mala: no es que Correa se haya empeñado en mantenerse en el poder de cualquier manera; aceptó salir, aceptó que hubiera un sucesor, que la oposición pudiera tener elecciones verdaderamente competitivas, que dentro de su partido hubiera una cierta disputa por el liderazgo; todo esto dispersa un poco el poder y permite pensar en situaciones un poco más equilibradas.

YA: Profesor, abrimos y cerramos con Venezuela: ¿cómo ve desde afuera el caso venezolano? Usted habla de un periodo de transición, pero los venezolanos sentimos esta situación extremadamente larga, caminamos en círculos; realmente el avance ha sido poco y estamos parados en una crisis compleja.

MT: Claro, es terrible. La cuestión es que es un proceso muy largo y cualquier intento de acortarlo hasta el momento se ha demostrado no viable; sacar del poder a Maduro a punta de movilizaciones no ha funcionado. Creo que volver a la literatura de los ochenta sobre las transiciones puede ser útil y, lamentablemente, las expectativas no son muy optimistas. Recuerdo el trabajo de Adam Przeworski⁷ en el que decía que las protestas sociales, la movilización callejera continua, por sí sola, no derrumba ningún régimen en ninguna parte, porque, finalmente, la fuerza bruta es la que se termina imponiendo, a no ser que se de una fractura en el núcleo del poder. Mientras las Fuerzas Armadas no muestren más abiertamente las diferencias que sin duda deben existir en su interior, no queda más que presionar para que el régimen cumpla con la propia legalidad que anuncia y sacar provecho de todas las oportunidades y espacios que se abran. Las preguntas a continuación son: ¿cuán competitivo electoralmente es todavía el régimen?, ¿cuán competitiva es realmente la oposición?, ¿cuán confiables son las autoridades y los procesos electorales? Últimamente parecía que el gobierno estaba resignado a su pérdida de competitividad; parecía que la oposición ganaba una gran fuerza después de las elecciones legislativas y el gobierno incluso se rehusaba a convocar elecciones, pero después de las regionales y municipales la cosa nuevamente se ha invertido. Ahora el gobierno quiere adelantar el calendario y la oposición mantenerlo.

⁷ Adam Przeworski, «Some Problems in the Study of the Transition to Democracy» en Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead, eds., *Transitions From Authoritarian Rule. Comparative Perspectives*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1986, pp. 47-63.

YA: Aunque algunas encuestas le dan hasta ocho puntos de apoyo popular a Maduro, él está en el poder y todavía tiene el control de los poderes públicos. Tiene todavía las Fuerzas Armadas y el TSJ que ha sido su gran arma en estos últimos tiempos, entonces ¿cómo esperar la fractura del *chavismo-madurismo*?

MT: La situación no se ve nada bien. La oposición en Venezuela está haciendo lo que le toca hacer, que es movilizarse, protestar, apelar a la solidaridad internacional. Lo que la comunidad internacional tiene que hacer es exigir el respeto a los calendarios electorales y la realización de procesos electorales mínimamente libres e imparciales, pero ninguna de las dos cosas ocurre ahora, lamentablemente. Hoy en día, el régimen no respeta las mínimas formalidades electorales y legales, y se comporta de manera abiertamente autoritaria. El asunto es hasta qué punto se plasma una alternativa creíble y viable para el país, que convenza a los ciudadanos de que el momento de cambio llegó y que persuada a los miembros más «sanos» dentro del madurismo de que no es posible continuar aferrándose al poder, porque el país entero se va al abismo. Pero ciertamente la cosa va a ser muy difícil y lamentablemente no se ve una salida rápida. Hay que pensar si es que estos sectores tienen o no incentivos para defecionar o si los tienen más bien para mantenerse firmes, qué puede hacer la oposición y la comunidad internacional para que prime lo primero y no lo segundo. Y no olvidar que la extrema profundidad de la crisis no necesariamente juega en contra del régimen, porque mientras más larga, más complicada, más profunda, también la capacidad de protesta y de movilización se debilita. Quizá la pregunta sea si en Venezuela podrá haber una transición en un plazo no muy alejado o si el madurismo terminará siendo algo parecido a lo que hemos visto en Cuba.

YA: Y la oposición no puede acelerar tampoco el final.

MT: Así es, no puede jugar tampoco a empeorar la situación, «agudizar las contradicciones», porque terminaría siendo culpada por el empeoramiento de las condiciones de vida. Es una situación muy difícil.

YA: Desde la psicología social me encuentro con otra dimensión que también estoy trabajando: la del ciudadano común, la de levantarse y salir a la calle en un país marcado por una crisis económica y una crisis social. Nosotros tenemos unos indicadores de inseguridad muy altos y ahora escasez de alimentos, alta inflación. Hay sufrimiento en la gente, lo que incluye al sector que respaldó a Chávez y por herencia a Maduro. Muchos la están pasando realmente mal.

MT: Y eso se expresa claro en el rechazo al gobierno, en la caída de su popularidad, pero eso no se traduce en un debilitamiento del poder digámoslo así.

YA: La gente se desgasta, la gente se siente realmente agotada por la situación y tengo registro de nuevas consecuencias de la crisis y el sufrimiento social: los que se quedaron sin recursos psicológicos de aguante y los que se fueron del país, la diáspora. Me he

encontrado con la diáspora venezolana acá en Perú, donde también hay mucho sufrimiento de la gente que se ha tenido que venir; abandonar es comenzar de cero en algunos casos y está la añoranza de la familia. Le está tocando al venezolano comenzar a emigrar o aprender a emigrar, porque no teníamos esa cultura de movilizarnos del país.

MT: Así es, relacionando eso con la experiencia peruana, te puedo decir que Perú vivió una catástrofe económica a finales de la década de los años ochenta en el siglo pasado. Por eso los peruanos podemos entender el padecimiento de Venezuela: vivimos el terrorismo, la hiperinflación, una recesión espantosa, una crisis política terrible, es decir todos los males juntos. Tuvimos también mucha emigración. La gente que podía se iba al extranjero, había la sensación de que el país era inviable, de que no había forma de resolver los problemas. Pero esto en algún momento tendrá que cambiar y en algún momento además las fuerzas que hoy están confrontadas van a tener que encontrar una forma de convivir más adelante, el lograr eso requerirá mucha madurez y mucha grandeza.

YA: Para finalizar esta entrevista y para quienes lo lean en nuestra revista ¿qué puede decir de la experiencia de ustedes, de la salida y reconstrucción de Perú que pueda ser aleccionador para Venezuela?

MT: Desde el Perú se puede decir algo, porque la manera en la que se resolvió la crisis extrema de los años ochenta nos condujo al fujimorismo, a una forma autoritaria de régimen que, como hemos visto, se asemeja en puntos sustanciales a lo que vimos con Chávez y hoy con Maduro. Salimos del fujimorismo más por la implosión de este que por la fortaleza de la oposición,⁸ pero la unidad de esta, en medio de sus grandes diferencias, fue clave para facilitar la transición. En el periodo posterior aprendimos que lidiar en convivencia con el legado autoritario es un tema fundamental y que, en realidad, no lo supimos manejar muy bien y de allí la inestabilidad que vivimos actualmente con el gobierno de Kuczynski y la oposición fujimorista. Pero, si es que una suerte de «empate catastrófico» se mantiene, si no se da una transición en Venezuela, habría que pensar además en otras experiencias; por ejemplo, las de países que pasaron por guerras civiles, grandes niveles de polarización, enfrentamientos muy cruentos, pero que en algún momento las fuerzas se dan cuenta de que ninguna de las dos es capaz de pasar por encima del otro y que alguna forma de convivencia tienen que encontrar. Uno piensa entonces en los acuerdos de paz de El Salvador en la década de los años noventa. Sospecho que en experiencias como esas es que habría que pensar como referentes para lo que se vive en Venezuela y lo que podría venir después. En El Salvador hubo una guerra civil con miles de muertos, se llegó tarde a la democracia, pero se llegó a la conciencia de que el camino de la guerra era totalmente

⁸ Ver Martín Tanaka: «¿Crónica de una muerte anunciada? Determinismo, voluntarismo, actores y poderes estructurales en el Perú, 1980-2000» en Jane Marcus y Martín Tanaka, *Lecciones del final del fujimorismo. La legitimidad presidencial y la acción política*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2001.

autodestructivo para las dos partes y se gestó un gran acuerdo político que permitió reconstituir mínimamente un arreglo institucional y un sistema de partidos que le ha dado cierta estabilidad al país en los años siguientes. El apoyo internacional también fue clave. Por supuesto conviviendo con muchas complicaciones, arrastrando problemas de violencia, delincuencia, pero me parece que es un referente que tal vez resulte útil para pensar en el futuro de Venezuela. Para no pensar en el escenario de Cuba, que sería el más frustrante.

YA: Finalmente, ¿qué quisiera compartir con sus lectores?

MT: Solamente agradecer por la entrevista. Es un honor participar en la Revista del Cendes.